

WALTER LEZCANO

Un irlandés
en las
pampas

Página 2



NICOLÁS MAVRAKIS

El aura
joyceana de
James Stephens

Página 3



SEBASTIÁN BASUALDO

Entre
lo público y
lo privado

Página 4




télam
AGENCIA NACIONAL
DE NOTICIAS

SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 5 | NÚMERO 252 | JUEVES 29 DE SEPTIEMBRE DE 2016

Nuevas ediciones
argentinas y novedades
sobre sus obras en sellos
locales demuestran un
interés renovado por
discutir la obra y la vida
del autor irlandés.

Queremos
tanto a
Joyce

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahra.com.ar

Se inauguró ayer la 8ª edición del Festival Internacional de Literatura de Buenos Aires (Filba), que congrega a más de 18 autores internacionales, encabezada por el escocés Irvine Welsh – autor de *Trainspotting*– (foto), y más de 50 escritores argentinos. Están programadas alrededor de treinta actividades entre paneles, entrevistas, diálogos, cruces epistolares, cata de libros, lecturas, ronda de

poesía, música y performances. La edición 2016 de Filba se extenderá hasta el 2 de octubre y se desarrolla en el Museo de Arte Latinoamericano de Buenos Aires (Malba) y diversos ámbitos de la ciudad de Buenos Aires. Para consultar la programación completa se puede ingresar a la página web www.filba.org.ar, o seguir las cuentas Twitter e Instagram [@fundacionfilba](https://www.instagram.com/fundacionfilba).



Un irlandés en las pampas



→ WALTER LEZCANO

Las publicaciones del *Finnegans wake*, de ensayos desconocidos y conversaciones, más la historia del primer traductor en castellano que tuvo el *Ulises* demuestran la vigencia actual de James Joyce en la Argentina.

La historia es interesante y se cuenta en *El traductor del Ulises* (Sudamericana) de Lucas Petersen que acaba de aparecer: "James Joyce y su editora Sylvia Beach habían incluido desde un primer momento a España en su estrategia de promoción internacional del *Ulises*, publicado por Shakespear & Co. en París en 1922. Fue uno de los idiomas elegidos para redactar un aviso, que también se incluyó en inglés, italiano y alemán. Incluso identificaron un par de librerías madrileñas a las que podían enviar (o quizás enviaron) ejemplares. No obstante de interés particular, pasarían más de dos décadas hasta que hubiera una traducción completa de la obra."

Llama la atención, aunque no tanto teniendo en cuenta la época, que la Argentina no estuviera en los planes de Joyce y su editora como posible "mercado" para su gran obra. Pese a ello, la primera traducción en castellano que hizo del *Ulises* fue argentina y la llevó a cabo el periodista argentino de tantas que tuvo por esos años un personaje excéntrico que firmaba como J. Salas Subirats.

Consumado agente de seguros, integrante del grupo de Boudo, escritor impenitente de novelas menores, periodista ocasional



TRADUCCIÓN. LA PRIMERA VERSIÓN AL CASTELLANO DEL *ULISES* FUE HECHA EN LA ARGENTINA POR SALAS SUBIRATS.

y traductor autodidacta, J. Salas Subirats tradujo la novela en apariencia intraducible (Victoria Ocampo y Borges estuvieron interesados pero desistieron) de la que se venía hablando desde su publicación en toda Europa y a la que Roberto Arlt le pega y desprecia en su prólogo a *Los Lunas-llenas*. Realizada entre los años 1940 y 1945 con casi ningún elemento de referencia histórica de Dublín, sabiendo poco y nada de las intenciones estéticas de Joyce sumado a una comprensión deficiente del inglés, el *Ulises* de Subirats salió por la editorial Santiago Russetti e inmediatamente tuvo reacciones encontradas: Borges la tildó de "pésima" y Juan José Saer dijo mucho tiempo después: "el río turbulento de la prosa joycesca, al ser traducido al castellano por J. Salas Subirats, se convirtió en un río de aguas tranquilas".

herito Arlt— había sido capaz de utilizar con tanta inventiva, exactitud y libertad".

Es en este momento exacto de la historia literaria de nuestro país, y uno de los puntos más altos de la traducción (que es una forma extraordinaria de leer), en el que queda sellado el amor argentino por James Joyce. Y es algo que se cuenta muy bien en *El traductor del Ulises* de Lucas Petersen y se convierte, por otra parte, en testimonio excelente de esa época.

Fue otro lector entendiéndolo que puso al *Ulises* otra vez en un lugar de privilegio de nuestro sistema literario. Carlos Gamero impartió unas clases en el Malba y ese material luego se volvió en una referencia ineludible cuando se convirtió en libro. *Ulises. Claves de lectura* tuvo una primera edición en 2008, y una segunda recientemente por Interzona, lo que no deja de ser un síntoma del interés que hay por el autor y por esa obra que parece inabordable, ilegible y con la cual grandes escritores argentinos han tenido una relación dispar. Por ejemplo,

Borges reconoció no haberla leído completa y aseguró que "no creo que nadie lo haya hecho", por su parte Manuel Puig la hojeó y dijo que había entendido todo con respecto a la figura del narrador; tenía que desaparecer; Leopoldo Marechal hizo su propia versión del *Ulises* con su *Adán Buenosayres*; Ricardo Piglia trató de comprender el "Río Joyce" en *El último lector*; Luis Gussmán captó lo ilegible y lo utilizó para su debut con *El frasquito*...

Como se ve, y se confirma con la obra saludablemente pedagógica de Gamero, el *Ulises* es un magma que todavía tiene altas temperaturas y sigue fluyendo porque aporta dificultades de lectura a las que hay que afrontar con dignidad y que los lectores agradecen porque revela aspectos impensados de la obra. La lectura es un reconocimiento de ciertas referencias implica un uso extremo de la inteligencia y que un día es un

espacio temporal infinito.

Más allá de esto, la figura de James Joyce este año siguió dando material. En primer lugar apareció la fantástica y ambiciosa traducción del *Finnegans wake*, el libro que vino después del *Ulises*, hecha por Marcelo Zaslavsky, quien ya había traducido a Joyce. Esta vez se contaba con mucho más material de consulta (*Finnegans Wake Extensible Elucidation Treasury*) y a pesar de esto fue un trabajo descomunal que llevó siete años.

Por su parte, la editorial Eterna Cadencia publicó este año los *Ensayos críticos y afines de Joyce*. Un texto que ayuda a completar un poco la figura del dublinés ya que este libro es una recopilación de escritos que, la mayoría, son traducciones por primera vez a nuestra lengua. Reseñas, conferencias, composiciones escolares, disertaciones, monografías, entrevistas, cartas, notas en diferentes lenguas, componen una cartografía intelectual de Joyce pero también delimita su amplia zona de interés.

Por último, una *memoir*. En la mesa de novedades de varias librerías comienza a circular *Conversaciones con James Joyce* (Eudpy) de Arthur Power. Un aspirante a artista se encuentra con un Joyce en el exilio parisino luego de haber publicado el *Ulises* y construye una tensa amistad ya que Power quiere a hablarlo todo y Joyce es más taciturno, distante y seco en sus opiniones. De todas maneras estas conversaciones se leen como un gran testimonio de la intimidad de uno de los escritores más fascinantes y misteriosos del siglo XX. ¿Por qué su influjo sigue vigente en pleno siglo XXI? Una respuesta de Joyce extraída de este libro: "El sentimentalismo nunca es perdurable: es una neblina cálida y confortable, pero fugaz. La presente generación no lo soporta, pero es cierto: La pasión crea y destruye, pero el sentimentalismo lo oculta que una resaca que lo revuelve todo; no recuerdo una sola obra plagada de sentimentalismo que haya sobrevivido más allá de un par de generaciones. La violencia, como tal, es mejor: al menos se trata de algo primario."

José Luis Pardo ganó la 44ª edición del Premio Anagrama de Ensayo, creado a principios de 1970 por la editorial homónima con sede en Barcelona, dotado de 8.000 euros y al que se habían presentado 139 originales. Pardo, con *Estudios del malestar. Políticas de la autenticidad en las sociedades contemporáneas*, firmado con el seudónimo Dylan Dasse, impuso en el tramo final al mexicano

Concheiro, autor de *Contra el tiempo. Filosofía práctica del instante*. El punto de partida del ensayo ganador es la crisis económica, que hizo que se evaporara, según el autor, "el principal combustible de todas las fábricas de ilusiones, el dinero", y que dejó "un sórdido panorama de urbanizaciones sin compradores, aeropuertos sin aviones, periódicos sin lectores y hospitales sin médicos".



JUEVES 29 DE SEPTIEMBRE DE 2016 ■ SLT ■ REPORTE NACIONAL ■ 3

El aura joyceana de James Stephens



→ NICÓLOS MAÑRÓS

La ciudad de Dublín es un espacio común para James Joyce y su tocayo Stephens, quien además manipuló su fecha de nacimiento para compartirla con el autor del *Ulises*. Una amistad literaria muy singular.



PARÍS. JAMES STEPHENS, JAMES JOYCE Y JOHN SULLIVAN CAMINANDO POR LA RUE RASPAIL, CIRCA 1934.

La participación de James Stephens en la vida de James Joyce tiene tanto de incidental o casual como puede tenerlo la cualidad de que dos hombres existan en el mismo tiempo y en el mismo lugar y compartan, además, un mismo nombre. De hecho, una de las particularidades más sobresalientes de ese vínculo está en los desajustes que el propio Stephens le añadió (o al menos nunca reparó) al problema del tiempo. Porque si bien había nacido en Dublín el 9 de febrero de 1880, por algún motivo Joyce siempre creyó que había nacido el mismo día que él, es decir, el 2 de febrero, un detalle simpático pero que no pocos biógrafos señalan como el motivo principal de su relación. Por supuesto, eso no bastó para que Stephens, que fue poeta, periodista y novelista, alcanzara nada parecido al renombre de Joyce, no al menos más allá de las fronteras de la capital de Irlanda, y si parte de su obra sigue en pie es porque «a pesar de sus méritos» la confusión que lo relaciona con el autor joyceanista da lugar a una perpetua intrusión en su vida. Pero cómo se conocieron James Stephens y James Joyce? La anecdótica sintagmática ironías. Según las cartas analizadas por Richard Finerman, el encuentro se produjo en algún momento de 1912, en un bar de Dublín. Stephens era ya un prosi-

ta destacado entre los que hacían un uso público de su inteligencia a favor de la autonomía irlandesa y se codeaba con parte de la élite artística y política del país (entre quienes estaba el que llegaría a ser el primer presidente de Irlanda, Douglas Hyde). Mientras tanto, faltaban diez años para que el *Ulises* existiera y Joyce era, apenas, el autor promotor de un destacado libro de poemas.

Como fuera, al menos desde 1909 Joyce conocía a Stephens a través de lo que este publicaba en diarios como el que pertenecía al partido independentista Sinn Féin, y fue en aquel encuentro en 1912 cuando —aunque hay que tratar de imaginar la atmósfera, con las pintas de Guinness en la mesa y el griterío general para aplaudir y las palabradas interminadas— Stephens se presentó al acompañante que no había leído una sola de sus palabras. Cortado duro o demasiado displicente,

respecto a esta cuestión, al menos, la diplomacia de Stephens probó ser incapaz de mejorar con el tiempo. Si bien la poesía de *Música de cámara* le había parecido buena, en lo sucesivo *Dublinenses* le pareció "incómodo", y, después de leer el *Ulises*, llegó a decir que, en realidad, Joyce había escrito el mismo libro tres veces y que «en las palabras escandalizadas de los biógrafos» «nunca se había desarrollado en lo más mínimo como escritor». Eso no impidió que los hombres conservaran un vínculo amistoso, ni fue un obstáculo para que algunas de las novelas escritas por Stephens, como *Las Sirenas* o *Deirdre*, llegaran a leerse en «una línea de trabajo semejante a la de Joyce». A pesar de sus aparentes turbulencias y afinidades, la relación entre estos dos irlandeses se alargó hasta el punto de crucial veinte años después. Pero antes iban a pasar algunas cosas importantes en Irlanda, y Stephens no iba a mantenerse ajeno.

Ahí es donde *La invasión en Dublín*, recién editado en la Argentina por Godot, exhibe cómo

Joyce y Stephens pueden leerse alrededor de una capacidad común para interesarse en la misma ciudad precisamente a partir de los viajes minúsculos (y nunca intrascendentes) que propone el azar cotidiano. Es más: fue apenas por azar que Stephens, en ese momento un empleado estatal, se enteró del violento alzamiento que los Voluntarios habían desatado en Dublín el 24 de abril de 1916 ante la ocupación inglesa. Y como diario y registro personal de aquellos días, cien años después *La invasión de Dublín* no solo se permite ironías con un eco histórico todavía reconocible, como cuando ataca a Bernard Shaw por comparar al país con «una huertita de repollos en medio de la nada» y entonces propone que «podría decirse que Roma era un gallinero al ser atacada por el feroz

to al estado actual de la Unión Europea», sino que traslada a un registro mandando ciertas preocupaciones acerca del lenguaje a las que Joyce alude en su obra. Para Stephens, en tal caso, el problema tiene esta forma: ¿cómo saber lo que realmente pasa entre los irlandeses y los ingleses (enfrentados a los tiros en una Dublín sitiada) cuando solo dispone de lo que él ve y de rumores de todo tipo? En versión erudita, la cuestión podría reformularse así: ¿en qué medida el lenguaje es capaz de facilitar el acceso a una verdad? Y si tal verdad existiera y fuera accesible, ¿cuánto de mito, cuánto de dada, cuánto de impresión colectiva podría tener? «Lo cierto es que estoy interesado en el arte de la narración», anota al paso Stephens después de su encuentro callejero con un hombre alucinado que «creaba y difundía cada uno de los rumores que corrían por Dublín, y era el único al que había visto elegir sin medias tintas uno de los dos bandos». Substanciar el problema de Stephens en 1916—y en esto su libro toma vuelo propio—significa, desde ya, substanciar el hecho de que el periodismo actual tiene en su propia relación con el mundo desde la aparición de internet. Pero también significa substanciar el mérito que Joyce encontró en el talento de su colega y que, en 1927, le hizo pensar que Stephens podía ser la persona capaz de terminar su *Finnegans Wake*. Desmotivado por el progreso de un libro que llevaba escribiendo desde hacía más de una década, pero entusiasmado por la idea de firmarlo con Stephens como «J&S» «como el whisky», Joyce llegó a formularle una propuesta formal de trabajo en 1929. Sin embargo, Stephens trató de convencer a su amigo de que ese libro tenía que terminarlo el mismo. Y así fue que, hasta 1936, al menos, Joyce le siguió mandando telegramas que él falso Campbell y Stephens, terminó y publicó su *Finnegans Wake* en 1939; se murió en Suiza en 1941. Habiendo renunciado a entrar por la ventana a la historia grande de la literatura universal, James Stephens murió en Dublín en 1950.

AMOR AL ARTE



Es una lástima que *Puatucha Rentes*, la leyenda olvidada del cada vez más agudo Ivstvársch, publicado por Editorial Calibroscope, no se haya incluido en las colecciones de arte para niños que distribuyó el Ministerio de Educación en las escuelas hasta 2015. Y es que está "Guía y catálogo completo de la exposición" que explora

la muestra de una supuesta "creadora del arte sobornal", en un imaginario "Museo del Sinaléolo Exultante", es, por vía de la parodia, una eficaz vacuna contra el vacío de tantos discursos que circulan en el mercado del arte contemporáneo y sus instituciones. Ivstvársch es un meliculous autor íntegral: tanto escritor como ilustrador y

diseñador. Cada detalle del libro (ilustraciones, paratextos, guardas, epígrafes, notas al pie) aporta significación y contribuye a la precisa reconstrucción satírica. El libro requiere un mediador bien informado. La multiplicidad de niveles de lectura y el humor lo hacen adecuado para chicos de muchas edades.



CONTRATAPA

➔ SEBASTIÁN BASUALDO

Entre lo público y lo privado

Un recorrido por las novedades literarias del último tiempo y las nuevas lecturas de críticos y escritores argentinos de la obra del irlandés en nuestro país.

A lcanza con asomarse apenas por las mesas de novedades y de saldos en las librerías para notar cómo ha proliferado a lo largo de los últimos años el interés por James Joyce; interés nada impuesto y creciente a partir de algunas publicaciones fundamentales que han encontrado sus lectores fuera del ámbito académico y que no solamente abarca primeras traducciones al castellano (como ser el caso de *Finnegans Wake*, traducido finalmente por Marcelo Zalavoy, libro que se había convertido en un mito de la imposibilidad al punto de declararlo ilegible incluso para el propio Joyce de

quien se llegó a decir en tono de burla que no lo había leído; sino se había limitado a escribirlo), publicaciones críticas a modo de mapa de lectura, biografías, cartas, sus propios ensayos compilados bajo el título *Escritos críticos y afines*, traducido por Pablo Inberg (Eterna Cadencia, 2016) donde además de varios textos memorables escritos originalmente en italiano, están sus conferencias sobre Daniel Defoe y William Blake, pasando por *Las conversaciones con James Joyce* de Arthur Power, (Universidad Diego Portales, 2016), y *El traductor del Ulises* de Lucas Peterson (Sudamericana, 2016), que en palabras de Carlos Gamero es una excelente biografía "que resuelve por fin un interrogante de décadas: cómo un humilde vendedor de seguros, autodidacta y escritor de autoayuda, pudo

traducir por primera vez al español la novela más difícil de todos los tiempos —tánica tarea ante la cual el propio Borges había retrocedido con pavor".

Y es justamente a partir de Carlos Gamero con la publicación de *Ulises. Clave de lectura* (Norma, 2008) que comienza esta especie de oleada joyceana. La cantidad de bibliografía crítica especializada en inglés sobre el *Ulises* de James Joyce es inmensa, pero no son tantas las que cuentan con un respeto unánime, entre ellas se encuentran *Allusions in Ulysses* de Weldon Thornton y *Ulises Annotated* de Don Gifford.

La originalidad de Carlos Gamero en su libro *Ulises. Clave de lectura* estriba en que conjuga un análisis exhaustivo y riguroso desde la atenta perspectiva de un lector argentino que se proyecta universal. "Se han dicho muchas cosas sobre lo difícil que es el *Ulises*, y lamentablemente todas son ciertas. Es una novela compleja en su escritura y también en su intrincado sistema de alusiones y referencias, las históricas, por ejemplo: Joyce parece dar por sentado que conocemos muy bien la historia de Irlanda, y hay muchas aparentes oscuridades que para cualquier lector irlandés resultarían clarísimas. Pero, por otra parte, lo mismo le sucederá a cualquier extranjero que leera un cuento como "Esa mujer", de Rodolfo Walsh: quien no sepa que esa mujer es Eva Perón no entenderá nada, y no porque Walsh haya querido ser críptico u oscuro, simplemente porque su relato está pensado para un lector argentino. Joyce en realidad no está pensando en un lector irlandés, sino en un lector universal, pero que para leer su novela va a tener que hacerse irlandés. Si bien es frecuente leerla en el contexto de la literatura en el aula, creo que un interés adicional que puede tener para los lectores latinoamericanos deriva del hecho de que es una novela escrita desde un

país colonial y tercermundista. El nuestro, entonces, será un *Ulises* Irlandés", escribe Carlos Gamero a modo de introducción en este notable libro que se presenta como Instrucciones para perderse en el laberinto más complejo de la literatura universal y que surgió a partir de un seminario que el escritor dictó en la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, un curso dictado en el Museo de Arte Latinoamericano de Buenos Aires y de los grupos de lectura particulares que conduce hace más de veinte años.

"En general, con el *Ulises* de Joyce" afirma Gamero "la pregunta que siempre se plantea no es '¿lo leiste?' sino '¿lo leiste todo?' Borges, en un texto de 1925, "El *Ulises* de Joyce" da una respuesta que es casi una provocación: contesta que aunque no lo ha leído entero, aun así sabe lo que es, de la misma manera en que puede decir que conoce una ciudad sin haber recorrido cada una de sus calles. La respuesta de Borges, más que una *boutade*, es la perspicaz exposición de un método: el *Ulises* efectivamente debe leerse como se camina una ciudad, intentando recorridos, volviendo a veces sobre las mismas calles, ignorando otras por completo".

La obra de un escritor siempre forma parte de su vida —afirma Abelardo Castillo—, como sus amores, como sus calladas, como sus ideas políticas y sus sueños, pero la inversa no necesariamente se cumple. Hay vidas indiferentes o misteriosas (la de Goethe, la de Kafka) que podríamos ignorar, o que ignoramos sin sentir que nos falte nada: ahí están los libros que la reemplazan, concluye. En el caso de James Joyce la magnitud de su obra, como era previsible, traspasó los límites de lo público y su vida privada también ha generado toda una literatura pública que hoy agregan nada o muy poco al desentrañamiento de su universo literario y sin embargo ahí están en las librerías de viejo o en las mesas de

saldos, *Las cartas de amor a Nora Barnack*, por ejemplo, que le ha servido de fuente al escritor español Javier Marías para incluirlo en su volumen de *Vidas Secretas*. "La gente solía decir de James Joyce que parecía triste y cansado, y él mismo se describió en una ocasión como "un hombre coloso, solitario, insatisfecho y orgulloso". Claro que esta descripción la hizo en privado, en una carta a su mujer Nora Bernack, a quien confiaba cosas mucho más íntimas y arrebujadas que a ninguna otra persona. No por ellos, sin embargo, puede colegirse que no hiciera la descripción también para la posteridad, a la que confiaba cosas aún más arrebujadas".

En otro tono y con un fin absolutamente distinto está el libro de Jacques Mercanton, *Las horas de James Joyce*, donde el autor advierte ya desde la primera página: "No conocí a James Joyce hasta los últimos años de su vida, en la época en que estaba acabando su última obra, *Finnegans Wake*. Por lo tanto será el retrato de este Joyce el que se encuentran en estas páginas. Un retrato fiel, y éste es su único mérito. No he retocado, resumido, desarrollado ni deducido nada: aquí aparecen los momentos o las horas del escritor, de vacaciones y trabajando". A lo largo de cinco años, Jacques Mercanton anotó en capítulos breves y a modo de crónicas, una serie de momentos privados que compartió con el autor de *Dublinenses*. Si bien el libro no aporta nada novedoso con respecto a su obra, sí permite adentrarse en algunas obsesiones relativas a su escritura en un contexto de guerra inminente, sus recurrentes temas de conversación, el modo en que era jugado por ciertas amistades, la preocupación por la enfermedad de su hijo Lucey y el modo en que lo amó su mujer para que terminara siendo lo que él había sido: un hombre con ojos. "Es viejo —dice ella con dulzura, pero no ha cambiado mucho. En muchas cosas sigue siendo un niño, usted ya se ha dado cuenta".



JAMES JOYCE.